

El trabajo: fin, crisis o redefinición*

Carlos Augusto Patiño Uribe

Contador público, Maestría en Administración de Empresas
Especialización en Investigación Educativa en Contextos de Docencia Universitaria
capuribe@usb.edu.co

Grupo de investigación "Nuevas tecnologías, trabajo y gestión"
Universidad de San Buenaventura Cali

Resumen

El trabajo es un concepto central en la modernidad alrededor del cual se construyó y fundó la representación social y psicológica del individuo. Hoy vemos con cierto asombro que los valores laborales, correspondientes a las generaciones que nacieron antes de 1960, son diferentes a las de 1970 y 1980, pero a partir de 1990 estos son completamente ajenos. Este fenómeno no sólo se debe atribuir al acelerado dinamismo de la tecnología, las telecomunicaciones y la globalización económica y cultural; sino –se propone– que corresponde también a un cambio de representación que se da con respecto al trabajo, cuando este deja de ser el centro vivencial y de significados. Las consecuencias cubren toda la sociedad, en especial la educación.

Palabra clave: Trabajo, fin del trabajo, crisis del trabajo, redefinición del trabajo.

Abstract

Labor is a main concept of Modernity, from which the social and psychological representation of the individual was constructed and founded. Today, we notice with astonishment, that those work values corresponding to the generations who were born prior to 1960 are different from those who were born afterwards in the 1970s and 1980s. However, starting from the 1990s these work values are completely foreign to this generation. Not only should we attribute this phenomenon to acceleration, a result of the dynamics between technology, telecommunications, and the economic and cultural globalization; it may be due to a change in the representation of labor, when it ceases to be the center of personal experience and meaning. The consequences reach the whole society, particularly the educational perspective.

Key Words: Labor, end of labor, labor crisis, redefinition of labor.

* Este artículo es resultado del trabajo de grado en la Maestría en Administración de la Universidad del Valle "*Hacia una redefinición del trabajo: Una nueva mirada sobre la modernidad*", radicado en el grupo de investigación "*Nuevas tecnologías, trabajo y gestión*", registrado por Colciencias e inscrito en el Centro General de Investigaciones de la Universidad de San Buenaventura Cali.
Fecha de recepción: Agosto de 2003.
Aceptado para su publicación: Noviembre de 2003.

Introducción

Este artículo tiene como marco de referencia una investigación desarrollada por más de cuatro años, en compañía de Luz Yolanda Muñoz, sobre el trabajo. Investigación que se concretó en la tesis para optar al grado de Maestría en Administración, conferido por la Universidad del Valle, a cada uno, en febrero del presente año. Esta investigación fue dirigida por el profesor Fernando Cruz Kronfly y galardonada por los jurados como tesis meritoria. La Facultad de Administración de la Universidad del Valle resalta esta investigación publicándola en formato de libro en su línea Nuevo Pensamiento Administrativo, con el título: *Hacia una redefinición del trabajo –Una nueva mirada sobre la modernidad*.

El interés inicial de esta investigación era plantear y partir de una posición teórica sólida¹, la cual creemos se concretó en el libro, para continuar con otra serie de etapas desde diferentes miradas epistemológicas. En consecuencia, hoy veo necesario empezar la siguiente etapa: indagar, identificar y describir las representaciones de los jóvenes en relación con el trabajo, como paso fundamental para validar o no la concepción teórica. El concepto trabajo en la modernidad es el eje principal sobre el cual la mujer y el hombre moderno construyeron todas sus representaciones. En efecto, las consecuencias son múltiples, dadas las interacciones del sistema social, su interdependencia y correlación, cuando se cuestiona su eje central tradicional y se vislumbran sus posibles reemplazos. Para llegar allí

fue preciso presentar una nueva mirada de la modernidad, la cual, obviamente, tiene unas implicaciones que en gracia del enfoque de este texto no se abordarán aquí.

Planteamiento de la cuestión

Este artículo pretende plantear la relación entre los diferentes enfoques que se vienen desarrollando sobre el trabajo, entre estos, una propuesta propia que invita a indagar sobre este tema por su trascendencia social, pero muy particularmente por su influencia en la educación superior. Puede ser un estímulo para hacerse preguntas en lo concerniente a la vigencia de esa imagen de mujer y hombre ideal sobre la cual las universidades construyen su propuesta de formación, la vuelven operativa a través del proyecto educativo y la enriquecen con una propuesta de valores, implícita o explícitamente. La coherencia y pertinencia de estas propuestas con las representaciones actuales de los jóvenes con respecto al trabajo y a la vida no es un tema que interese a muchos, excepto, tal vez, a quienes confunden representaciones con hábitos de consumo; aquí el único objetivo es incrementar los ingresos, así el espacio de formación lo conviertan en espacio para el espectáculo.

En el ámbito de la educación se ha planteado “el deber ser” de las Instituciones de Educación Superior (IES) bajo un dilema: responder

1. Pensamos que es una propuesta sólida porque tiene fundamentos teóricos suficientes para resistir los debates conceptuales del momento, no de manera permanente, por supuesto, pero si pensamos como Popper y Kuhn, que el sólo hecho de desvirtuar y reemplazar propuestas teóricas por otras más pertinentes permite, posibilita, el avance de la ciencia, pero, principalmente, para nosotros, porque impulsa a los investigadores a hacer un verdadero esfuerzo por entender la realidad cambiante.

a las condiciones del mercado o a la formación integral del ser humano. Siendo el "justo medio" el mejor negocio para evitar la disyuntiva propuesta, se ha optado por decir que ambas son importantes y se deben considerar, a fin de no quedar por fuera del mercado y, a la vez, de la responsabilidad de formación humanista de la educación. Esta decisión no ha evitado la crítica y oposición de los representantes de las ciencias sociales sobre lo que llaman el sometimiento de la formación humana a las directrices del mercado; sus indicadores de desarrollo humano son razón y aliento a su posición. De otro lado, los representantes de las ciencias empírico-analíticas cuestionan el aporte de la educación superior a la ciencia y la tecnología, base del desarrollo económico y social de los países; sus indicadores son los de competitividad y desarrollo humano. Ambos, al parecer, terminan por sustentar sus afirmaciones sobre el mismo indicador.

Esto lleva a pensar que el dilema planteado es un falso dilema; por tanto, no es necesario negociar entre alternativas. En cambio, sí es pertinente partir de lo concreto: la realidad actual. Parte importante de esa realidad que normalmente no se considera, corresponde a las representaciones que de ella elaboran los jóvenes. Una vez identificadas, las Instituciones de Educación Superior se podrán proponer procesos coherentes a sus actores principales.

Cabe anotar que las diferencias entre las ciencias sociales y las ciencias empírico-analíticas corresponden a un momento histórico particular y específico, trasladar dicha crítica sin considerar las diferencias históricas y episte-

mológicas, entre el ayer y el hoy, convierten esta reflexión en anacrónica e impertinente con la realidad. "Hoy estamos entre una filosofía de las ciencias *post-kuhniiana*, lo cual implica aceptar que la filosofía de la ciencia no sólo ha reflexionado sobre el contexto de justificación sino también sobre el de descubrimiento. Dicho de otra manera: los filósofos de la ciencia no sólo han de ocuparse del conocimiento (epistemología, metodología), sino también de la praxis científica... Tanto los sociólogos de la ciencia como los filósofos de la ciencia han empezado a hablar de tecnociencia en los últimos años, rompiendo la separación tradicional entre ciencia y tecnología. En la medida en que los filósofos, los sociólogos e historiadores estudian la ciencia contemporánea, y no sólo la ciencia moderna, la componente tecnológica de la actividad científica resulta inexorable" (Echeverría Ezponda, 2000).

La crítica a la tecnociencia es hoy más pertinente que nunca, pero para hacerla se debe incursionar en su campo. La formación crítica universitaria no debe ser un rechazo a la realidad, atrincherada en el dogma o la doxa; debe ampliar su mirada hacia un análisis riguroso, histórico, comprensivo, que invite a la praxis y a la transformación particular y concreta.

Este mundo está lejos de los absolutos pronosticados, de la quimera prometida en la modernidad o del total caos profetizado por los humanistas entre fines del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. Pero no se puede negar que en gran medida ambos tenían razón. Los intereses desatados en procesos de globalización han derribado las barreras geográficas y políticas para que circule en libertad lo me-

jor y lo peor de esta sociedad, de allí que "los cambios sociales son tan espectaculares como los procesos de transformación tecnológicos y económicos. En un mundo como este, de cambio incontrolado y confuso, la gente tiende a reagruparse entorno a identidades primarias: religiosa, étnica, territorial, nacional. En estos tiempos difíciles, el fundamentalismo religioso, cristiano, islámico, judío e incluso budista (en lo que parece ser un contrasentido), es probablemente la fuerza más formidable de seguridad personal y movilización colectiva. En un mundo de flujos globales de riqueza, poder e imágenes, la búsqueda de la identidad, colectiva o individual, atribuida o construida, se convierte en una fuente fundamental de significado social. No es una tendencia nueva, ya que la identidad, y de modo particular la identidad religiosa y étnica, ha estado en el origen del significado desde los albores de la sociedad humana. No obstante, la identidad humana se está convirtiendo en la principal, y a veces única, fuente de significados en un período histórico caracterizado por una amplia desestructuración de las organizaciones, deslegitimización de las instituciones, desaparición de los principales movimientos sociales y expresiones culturales efímeras. Es cada vez más habitual que la gente no organice su significado en torno a lo que hace, sino por lo que es o cree ser" (Castells, 2000). Lo que hace el hombre se constituyó en referente cuando el trabajo en la modernidad fue su centro vivencial, su medio para establecer su vínculo social; hoy desplazado este trabajo por otros centros menos estables, demasiado temporales en ocasiones, lo sitúa en búsquedas permanentes de identidad. Las repercusiones de esta nueva situación del hombre

en relación con las organizaciones, en particular de la instituciones educativas, es un tema que no se ha estudiado lo suficiente, posiblemente porque es difícil reconocer lo nuevo; de allí la limitación de estas para responder adecuadamente a las nuevas representaciones de esa mujer y hombre actuales; facilitando proyectos de vida válidos, aceptados y completos (Muñoz; Patiño, 2003). Como se puede apreciar, esta es una realidad diferente a la que analizaron y vivieron Nietzsche, Heidegger, Marx, Weber, Freud, Adorno y Horkheimer; ellos criticaron la sociedad industrial y anticiparon muchas de sus funestas consecuencias. Esto significa que nuestro deber es continuar con su legado, al contextualizar y asumir una verdadera postura crítica de la sociedad de la información o del conocimiento. La responsabilidad de las Instituciones de Educación Superior es la formación de personas y profesionales pertinentes, contextualizados y críticos con la realidad, capaces de transformar con criterio su vida y la de otros.

La revolución tecnológica de la información ha generado una nueva economía a escala mundial. "Es *informacional* porque la productividad y competitividad de la unidades o agentes de esta economía (ya sean empresas, regiones o naciones) depende fundamentalmente de su capacidad para generar, procesar y aplicar con eficacia la información basada en el conocimiento. Es global porque la producción, el consumo y la circulación, así como sus componentes (capital, mano de obra, materias primas, gestión, información, tecnología y mercados), están organizados a escala global, bien de forma directa, bien mediante una red de vínculos entre agentes económicos. Es *informacional* y global por

que, en las nuevas condiciones históricas, la productividad se genera y la competitividad se ejerce por medio de una red global de interacción" (Castells, 2000). Este vínculo conocimiento-información, base de este nuevo sistema económico, tiene como medio, y al mismo tiempo motor, la tecnología y la ciencia: la tecnociencia. Esto ha propiciado que el centro por excelencia del conocimiento no sea ahora la universidad y hasta se haya planteado su desaparición. El conocimiento estará presente en la medida en que la tecnociencia y la información lo estén también. La tecnociencia se encuentra, al mismo tiempo, especializada y difundida por todo el mundo. Así se entiende que la actividad humana y la tecnología se encuentran en relación dialéctica, abandonando el determinismo de la era industrial y post-industrial, de allí la necesidad del nuevo papel de las ciencias humanas. Lo que sí es claro es que la universidad puede constituirse en un centro más de conocimiento en esta sociedad, bajo dos acciones simultáneas: Primero, definiendo su espectro de interés para relacionarse con los centros especializados; pues la especialización impide la generalización o indeterminación de campos; es, por tanto, importante optar estratégicamente, de acuerdo con sus capacidades internas, por la realidad de su contexto y la visión de sus administradores. Segundo, con el desarrollo, apoyo, crítica, aplicación e investigación en la tecnociencia.

Por supuesto que las universidades no se pueden apartar de la lógica del sistema: el mercado, esta otra parte de la realidad. Estoy en total acuerdo con los que opinan que se deben tener en cuenta las fuerzas del mercado, en especial los mercados laborales, para rea-

lizar los ajustes en la educación superior y responder a las necesidades concretas de una región. El mundo laboral recibe las presiones de esta nueva sociedad que le exige buscar el conocimiento especializado para poder subsistir y competir en el mercado, ellos acceden con mucha dificultad y alto costo a este conocimiento. Cuando reclutan a los recién egresados no encuentran en ellos la actualización que racionalmente se espera. La queja en este sentido es permanente. Un indicador clave de esta situación es la disminución del tiempo entre el momento en que el profesional egresa y el momento en que inicia estudios de postgrado. Pareciera que es un hecho normal aceptar que al egresar de pregrado los estudiantes ya están des-actualizados. Pero no nos engañemos, aquellas Instituciones de educación superior, cuyos egresados se encuentren actualizados, se distinguirán de las demás.

De igual forma, la educación superior no se debe ajustar, sin sentido crítico, a las nuevas tendencias de consumo de los jóvenes con el único anhelo de no perder vigencia institucional o de mercado; menos aún, cuando existe un compromiso por la formación para la vida. Por tanto, las nuevas representaciones de los jóvenes son realidades de las cuales la universidad no debe abstraerse, especialmente las que competen con su función social. Sería muy cínico atraerlos como moscas por su necesidad de llenar el vacío con diversión y en este proceso entregarles herramientas en desuso.

Si existe algo evidente en las representaciones de los jóvenes es esa sensación de vacío por ausencia de identidad, espacio que

se llena temporalmente con el consumo y altas dosis de adrenalina, para quedar al fin del día o al comienzo de la mañana siguiente, con la sensación de plenitud, pues finalmente algo ocurrió que valió la pena. Conocer las representaciones actuales de los jóvenes es involucrarse en su mundo con una propuesta concreta de visión de la vida en relación con sí mismo y con los demás, permanente, fructífera, que responda a su realidad y no necesariamente una propuesta desde el egoísmo capitalista, una estrategia de mercadeo más para su consumo inmediato. Si hay algo que las universidades confesionales en el mundo pueden aportar a estos jóvenes es una opción espiritual, el reto es hacerlas vigentes y sólo se hacen vigentes conociendo las representaciones de estos jóvenes y el papel de estos valores.

También la educación superior le hace una propuesta de formación a la sociedad a futuro desde el conocimiento, pensando en el profesional que será necesario dentro de cinco años o menos, y en el mejor de los casos, ausculta, escruta, pronostica, identifica, escoge y se compromete con las tendencias del mercado laboral y la tecnología que cree serán las requeridas; una vez hecho esto, se supone ajusta sus currículos a estas competencias, habilidades y destrezas que harán idóneo a cada profesional en su ejercicio, en cumplimiento de su responsabilidad social; posiblemente, si aspira, yendo aun más allá de los requerimientos establecidos por el gobierno nacional, ya que estas competencias corresponden a mínimos obligatorios; pero, ¿Dónde queda la educación para la vida en el caso en el cual el trabajo ya no represente lo que representó en el pasado?

Es imperioso recordar que la antigüedad y la modernidad tuvieron, a su tiempo, un umbral, período en el cual la mentalidad cambió, se hizo evidente lo antiguo en relación con lo nuevo, dando origen a las representaciones modernas; en este caso, que han servido de pilar a todas las profesiones y, por supuesto, en primer lugar a la ciencia. Ahora, con el objeto de centrarnos en lo práctico, mencionamos algunas profesiones, digamos que la administración, la economía, la psicología, las ingenierías; también han colocado como centro vivencial del hombre el trabajo, contribuyendo o criticando ante esta situación, pero siempre identificando su respuesta a lo que se consideraba correspondía a lo real y necesario; preguntaríamos, entonces, por su vigencia y su capacidad para representar la realidad; son preguntas como estas y en relación a estas, que es necesario hacerse desde la educación superior.

En síntesis, es necesario abordar la problemática del trabajo desde una mirada mucho más amplia, en donde se analicen todas las variables que la influyen y que no se tienen en cuenta al momento de su análisis.

El concepto trabajo se ha abordado contemporáneamente desde diversas perspectivas, la primera corresponde al anuncio un poco dramático de su fin; la segunda pertenece a la gran mayoría, investigadores que desde diferentes posiciones ideológicas asumen como si fueran sinónimos los conceptos trabajo y empleo; y la tercera, corresponde a la propuesta de este escrito de entender el trabajo como un valor que cumplió con una representación en la modernidad, que ya no es tan hegemónica en el mundo actual.

El trabajo: Fin

En 1994 Jeremy Rifkin (Rifkin, 1997) publica en inglés su libro bajo el título "*The end of work - the decline of the global labour force and the dawn of the post-market era*". Como lo he mencionado anteriormente, escogió un título demasiado dramático para mi gusto, algunos los llamaron apocalíptico, otros lo llamaron mucho peor; y es que las críticas fueron implacables pues sugería con su título el fin del trabajador, el fin del hombre. Algunos ni se tomaron la molestia de leerlo y reaccionaron de inmediato. Pero siendo justos con Rifkin, él no fue el primero en estos últimos tiempos en ser profeta de la destrucción. Francis Fukuyama (Fukuyama, 1993) en 1992 había publicado en inglés su "*The end of history and the last men*". Con una difusión mucho mayor y gran impacto, este autor logra ser reconocido a nivel mundial, lo cual no quiere decir que su obra no fuera duramente criticada y atacada. Ambos autores tiene en común la espectacularidad de su libro, la reacción inmediata de los académicos a favor y en contra de su propuesta y, finalmente, que ambos parten del pensamiento hegeliano.

Sin embargo, en relación con las publicaciones sobre el trabajo, es André Gorz (Gorz, 2001), en lo década de los setenta, quien presenta una dimensión similar. Plantea de una manera optimista, el adiós al trabajo por parte del proletariado, afirmando que corresponde a una situación que supera la tendencia estructural, aboga por la creación de un programa político que permita la abolición del trabajo y la recuperación del tiempo libre, una mezcla entre los ideales griegos y el pensamiento hegeliano. Todo esto soportado, y de manera original por él, con base en la poten-

cia de la revolución tecnológica que se veía venir en esta época. Este autor, fiel a sus ideales, publica en 1997 en francés y en 1999 en inglés, "*Reclaiming Work – Beyond the Wage-Base Society*" (Gorz, 1999). Aquí, además de reafirmar su propuesta de los setenta, propone una especie de pago e intercambio por servicios desde la infancia, particularmente para los que denomina la "no-clase". Otro autor que sigue a Gorz es Claus Offe (Offe, 1992) propone que la transformación del trabajo y la pérdida de su centralidad ocurre por el cambio que da la economía hacia el sector terciario en detrimento del sector industrial tradicional, el paso de las grandes a las pequeñas empresas del conocimiento, el auge de las ocupaciones no manuales por las manuales y, en especial, por la fragmentación del mundo del trabajador con el mundo de la familia, el tiempo libre y el consumo. Dada esta aclaración, retomemos el relato con Fukuyama.

Fukuyama aclarará su punto de partida conceptual en ediciones posteriores, y especialmente la enriquece en 1995 cuando publica *Trust, (Confianza)*, (Fukuyama, 1998) en donde desde su prólogo inicia dando explicaciones sobre su posición. Dice que cuando se refiere a la historia no lo hace para aludir el fin de la sucesión de acontecimientos; incluso de los grandes y graves acontecimientos, que nos siguen causando horror y terror, corresponde a la manera de entender la historia desde G.W.F. Hegel, y que luego Karl Marx tomó para crear su propuesta. Ambos, Hegel y Marx, creían que la evolución de las sociedades no era infinita, concepto tomado de la biología de la época, sino que acabaría cuando la humanidad hubiera alcanzado una forma de sociedad que satisficiera los anhelos

más profundos y fundamentales del hombre; entiéndase por estos los valores de libertad, igualdad y progreso. Recordemos que el trabajo es el medio por el cual el hombre lograría su libertad, es por esto que Rifkin se planteó, luego de Fukuyama, el fin del trabajo como ese ideal supremo. Así pasamos de considerarlos profetas de la destrucción a profetas de la salvación; claro, si compartimos su mensaje.

Un hombre redimido del trabajo es un hombre plenamente libre, ya no necesita trabajar porque superó sus necesidades y puede dedicarse a otras actividades; lo cual tiene significado diferente a cuando se dice que el fin del trabajo está cerca porque el desempleo sigue avanzando y porque la tecnología desplazará al hombre del trabajo. Desde luego, estas primeras promesas de liberación tampoco se cumplieron, ni se ven señales de que esto sucederá en el futuro; por lo menos yo no alcanzo a distinguir esas señales en el horizonte, sólo veo las segundas, y me preocupan, pues como dice Forrester (Forrester, 2000), ¿qué haremos con los pobres?, aclaro, es una pregunta retórica, pues los Estados saben que hacer con ellos.

El hecho es que no se cumplieron las promesas de liberación y generaron desconsuelo, situación que fue denunciada sistemáticamente en el siglo XX y es el argumento principal para que algunos pensadores se refieran al fin de la modernidad, por su incapacidad para cumplir lo prometido, y el comienzo de una nueva era llamada postmoderna, como el retorno a ciertos esquemas premodernos. La historia para ellos finalizaría con este desarrollo de la humanidad y para esto Hegel proponía el Estado liberal, y Marx, a su vez, la socie-

dad comunista, como vehículo para llegar a este ideal. Significaba que en esta etapa ya no habrían nuevos progresos, todo estaría descubierto y dominado por el hombre, nada estaría velado, pues la ciencia y la razón rápidamente lo habrían hecho dueño del mundo al descubrir todos sus misterios. Así, todos los problemas cruciales habrían sido resueltos. Esta es la utopía sobre la cual se construyó toda la sociedad moderna. Fukuyama lo que hizo fue hacer la pregunta más dolorosa. Si al final del siglo XX tiene sentido que hablemos de nuevo de una historia direccional, orientada y coherente, que posiblemente conduciría a la humanidad a una democracia liberal? Aunque Fukuyama responde que sí, y hace todo este análisis para sustentar la necesidad de fortalecer la democracia liberal y su economía capitalista, la pregunta sigue siendo válida, aunque existen repuestas que son muy diferentes a las que da este autor. Fukuyama no cuestiona la vigencia o temporalidad de la propuesta de la democracia liberal, en vez de esto argumenta su pertinencia al ser el único modelo, pues perdió su antagonista, un comunismo que en la práctica no funcionó, hasta ahora.

Pareciera que Rifkin, o su casa editorial, se dejaron tentar por el éxito indiscutible en ventas que tuvo la obra de Fukuyama, fue considerado en su año de lanzamiento como uno de los más vendidos, sin contar que el autor se convirtió en figura pública por la aparición constante en todos los principales medios económicos del mundo. Ya en la edición en español, el libro se publicó con un subtítulo que matiza el principal: "Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era". Cabe señalar que al igual que

Fukuyama, Rifkin cree que todavía es posible que se cumplan las promesas hegelianas. El primero, por medio de la democracia liberal, el fortalecimiento de la sociedad civil, el capital social (Fukuyama, 1999) y la globalización; el segundo, por medio de la tecnología que cambia las realidades del mercado, el fortalecimiento del tercer sector, el de la economía social en sustitución del Estado, cuyo fin es distribuir los excedentes provenientes de la tecnología y en consecuencia la liberación de los trabajadores de su yugo, especialmente a los granjeros y obreros. Rifkin reconoce los límites de su propuesta, plantea que esta debe ir acompañada de un programa para la redistribución de la riqueza, sin el cual la liberación del hombre no se dará. ¿Qué tal la condición? Una condición que de cumplirse no requeriría de la tecnología, ni de nada más, pues es el gran problema no resuelto del capitalismo en todas sus formas; y ante esta disyuntiva no construye una propuesta, o abandona la suya por irrealizable; pero, tampoco analiza el peor escenario, que de suceder, como todo lo indica, si esta última condición no se cumple entonces no ocurriría el fin del trabajo; por tanto, ¿cuáles son las alternativas para el obrero, el campesino, el empleado ante el auge de la tecnología y el mercado globalizado que lo desplaza? Paradójicamente, el gran aporte de Rifkin, en mi opinión, es su investigación sobre la influencia de la tecnología en la pérdida constante del empleo por parte de los trabajadores y lo limitados que son los modelos económicos para reflejar la realidad.

Rifkin inicia su libro resaltando, o denunciando, como los economistas más representativos y los líderes más importantes argumen-

tan que las cifras de desempleo representan ajustes a corto plazo, producidos por importantes fuerzas de mercado que llevan a la economía global hacia una tercera revolución industrial. Prometiendo un nuevo mundo industrializado, caracterizado por la producción automatizada a partir de elementos de alta tecnología, con un fuerte comercio global y por la abundancia material sin precedentes. Pasa a explicar cómo los trabajadores en todo el mundo son cada vez más escépticos ante este tipo de afirmaciones, la constante en el mundo es el despido de empleados y la reducción de puestos de trabajo. Y cómo se ha convertido esta práctica en la forma más eficiente para apaciguar los ánimos de los inversionistas en las bolsas en el mundo, cuando una empresa prevé el incumplimiento de las utilidades prometidas para su próximo trimestre, inmediatamente publica el anuncio de reestructuraciones y despidos de miles de trabajadores, situación que se puede constatar en los diarios económicos.

Se puede observar que esta perspectiva del trabajo se fundamenta en tratar de resolver los tropiezos del modelo económico vigente en el mundo, presentando alternativas como la tecnología o el fortalecimiento de la sociedad civil, o como se plantea en la actualidad, el crecimiento del capital social, para la liberación del hombre del trabajo. Es una apuesta por la vigencia de los principios hegelianos así los indicadores de pobreza y desarrollo humano indiquen todo lo contrario. Confieso que no he podido entender su razonamiento lógico.

El trabajo: Crisis

En las búsquedas de material sobre este tema, siempre muy escaso en nuestro medio,

me encontré con las excelentes publicaciones realizadas por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), en particular en lo que aquí compete, los valiosos aportes del grupo de investigación, cuya línea la han denominado: Trabajo, sujetos y organizaciones laborales. Enrique de la Garza Toledo, su coordinador, de manera magistral y sintética esboza la crisis del trabajo. Por tanto, al amparo de su obra *"Problemas clásicos y actuales del al crisis del trabajo"* (De la Garza, 2001) desarrollaré este tema. Este autor incluye dentro de su clasificación de crisis el enfoque sobre el fin del trabajo, yo no; y es así porque pienso tiene una caracterización diferente de todos los demás, por compartir un origen hegeliano y por su visión optimista y defensiva del statu quo económico actual; lo cual sólo significa diferencias en cuestiones de agrupación temática pero comparto, en todo sentido, su argumentación sobre la crisis.

Este autor establece que existen cuatro formas de abordar el problema teórico de la crisis del trabajo.

- La crisis de la actividad laboral como centro de la creación de identidad de sujetos sociales, que es una preocupación de sociólogos ex-marxistas y postmodernos (Jáuregui, 1998), lo es también de las doctrinas del management en tanto identidad con la empresa, pero no de los economistas neoliberales.
- La crisis del trabajo como núcleo de la acumulación del capital, negación de toda teoría de valor trabajo como anticuada, afirmación del mercado como mecanismo de fijación de los precios frente a los enfoques productivistas (Pérez, 1997).

- La crisis de la centralidad del trabajo en la sociedad postindustrial.
- El significado que estas formas de la crisis del trabajo adquieren para América Latina (De la Garza, 2000) u otras regiones del planeta.

Por la diversidad de connotaciones que se le ha atribuido a la crisis del trabajo, siempre se retoma el viejo problema de la concepción de trabajo. Lo usual en nuestro medio es utilizar el concepto trabajo y el concepto empleo como si fuesen sinónimos, esto debido a que la sociedad capitalista, y particularmente las posturas de los economistas neoclásicos, lo asumen como si en realidad fuese lo mismo. De allí que este enfoque privilegia las investigaciones sobre las variaciones que tiene la población económicamente activa y sus implicaciones en los sectores económicos. Son indicadores utilizados por todas las organizaciones multilaterales del mundo para medir el comportamiento económico y la gestión de los gobiernos de turno, especialmente en los países en desarrollo. Medios de presión para liberar o detener créditos, establecer impuestos y liberar aranceles.

Esta visión particular del trabajo tiene su origen en el siglo XIX, cuando se da la escisión en las ciencias sociales entre la visión marginalista y posteriormente neoclásica de la economía, y las otras ciencias sociales. Para la primera, el hombre es visto en su individualidad y como actor racional, la sociedad es reducida al mercado y, a la vez, el trabajo deja de ser el único creador de valor; lo central en el proceso económico lo viene a constituir el mercado. Las otras ciencias sociales de la época no son individualistas metodológicamente, ni

adoptan la perspectiva del actor racional. Durkheim destaca los aspectos morales de la división del trabajo; Weber se lamenta de la burocratización, pero lo racional legal es sólo una forma de acción; la primera sociología industrial de Elton Mayo destaca el campo del sentimiento en la producción.

Aquí el tema central a encarar es la contradicción importante dentro del campo dominante, se pide a la clase obrera una ética de trabajo y, sin embargo, se reduce a los trabajadores a actores racionales interesados. Las ciencias sociales, a diferencia de los neoclásicos se preocupan por la pérdida de solidaridad frente al avance del capitalismo.

La primera crisis de la economía neoclásica refuerza las visiones que reivindican los aspectos regulatorios y funcionales de las relaciones laborales, como el keynesianismo, las relaciones industriales como disciplina, la sociología industrial, el funcionalismo en sociología.

La crisis del estado social en los setenta contribuye al nuevo ascenso de los neoclásicos, pero de los decepcionados de la clase obrera, como sujeto revolucionario, surgen las primeras versiones de la crisis del trabajo como la de Gorz (Gorz, 1982), posteriormente Offe (Offe, 1985) y los postmodernos, hasta llegar a las versiones más pragmáticas o pesimistas, como las de Rifkin (Rifkin, 1996) y Forrester, o de los organismos internacionales. El pensamiento único reduce el trabajo asalariado, dándole un carácter universal y no histórico. Su visión se complementa con dos conceptos adicionales: el concepto de utilidad, sancionado en última instancia por el mercado y el de productividad total de los factores. De

acuerdo con esta última noción, tanto el trabajo como el capital (medios de producción) serían productivos, y con los procesos de automatización se tendría una pérdida de importancia del trabajo frente al capital.

El triunfo actual de la economía neoclásica no solo implica la relegación social del trabajo frente al capital como fuente de valor, sino de la propia producción frente al mercado, supuestamente constatado por la hipertrofia del sector financiero especulativo como fuente de grandes riquezas, sin vínculo con la producción.

Es decir, el capitalismo neoliberal se debate en una dualidad, por un lado muestra que la mayor parte de la riqueza se crea especulativamente, que para ello el trabajo es prescindible, pero a la vez, no puede prescindir del sector de la producción material e inmaterial y de la circulación productiva y en ese sector, indispensable para satisfacer necesidades humanas e incluso para el disfrute de las ganancias especulativas, el trabajo continúa siendo muy importante.

El papel del trabajo socialmente útil se debate entre los paradigmas de la *producción* y del *mercado*. En este debate no dejan de estar presentes cercanos temores a la clase obrera, como aquella que se atrevió a sostener utopías de socialismo o de estado benefactor no hace tanto tiempo. El desprestigio del trabajo, demostrando su prescindibilidad para crear riqueza y bienestar, se enfrenta a la contradicción, en el nivel de la economía real, de su necesidad.

Estos son unos pocos apartes del texto que, como toda selección, no hacen honor a la totalidad y a la riqueza de su análisis. Pero el ob-

jetivo, por ahora, no es realizar un análisis sobre este autor en particular. La descripción de este documento tiene la intención, reitero, de animar a los miembros de las comunidades académicas a investigar sobre el tema del trabajo. Su amplitud en los abordajes teóricos y perspectivas permite la elección de una gran variedad de caminos y senderos de indagación. La centralidad del trabajo en la modernidad aglutinó en alrededor suyo la actividad humana en general; por lo tanto, este tema se puede hacer desde diversas posturas científicas, ideológicas y metodológicas; en especial favorece la conformación de grupos intradisciplinarios y transdisciplinarios enriqueciendo de manera notable la profundización y alcance de sus trabajos.

No quiero pasar al siguiente tema sin resaltar unas de las conclusiones de la obra de Enrique de la Garza Toledo; por su claridad, pertinencia y por la oportuna reflexión hacia nuestra perspectiva.

Para la mayoría de la humanidad el mundo del trabajo, con la nueva situación social neoliberal, se convierte en un campo potencial de lucha. Sin embargo, habría que hacer la siguiente acotación: el concepto "mundo del trabajo", separado de otros mundos de vida (familia, tiempo libre, estudio, etc.), es en parte una construcción social. En las sociedades antiguas, por ejemplo, no había una separación tajante entre trabajo y religión. En esta misma medida habría que pensar que las reestructuraciones productivas, las nuevas formas de subordinación del trabajo no asalariado a la producción capitalista y las posibles articulaciones entre el mundo de la producción y aquellos del no trabajo, permitirían re-

plantear hasta dónde se extiende el espacio de acción colectiva de las organizaciones obreras. En el caso de los micronegocios, una parte de los cuales implican autoempleo, las articulaciones se extienden ahora por la vía de la subcontratación entre estas empresas y las grandes corporaciones; cuando aquellos tienen trabajadores asalariados, abren el espacio de lucha por mejorar sus precarias condiciones de trabajo, lucha que puede tener su centro en los cambios legislativos, tomando en cuenta la dispersión de los trabajadores.

Asimismo, las relaciones desiguales entre empresas, abren la posibilidad de alianzas de los trabajadores con sus pequeños empleadores, buscando vínculos más equitativos con los grandes consorcios. En cuanto a las relaciones entre mundo del trabajo y otros mundos de vida, de entrada son las empresas toyotistas las que plantean las articulaciones de la empresa con las familias de los obreros, con sus barrios, la religión, el tiempo libre y el consumo. Todo esto para lograr la adhesión de los trabajadores a la empresa; pero estas relaciones presentan a su vez incertidumbre, son articulaciones nuevas y voluntarias y en esta medida pueden convertirse en un terreno en disputa con intervención de los sindicatos.

Ciertamente que el espacio del proceso de producción, tan importante ahora y en reestructuración por las gerencias, se convierte en fundamental de las luchas de los trabajadores. Ahí es donde se experimentan nuevas tecnologías, formas de organización del trabajo, relaciones laborales y culturas. Pero como espacio nuevo en sus formas está lleno de incertidumbre y de posibilidades de una

nueva "negociación del orden" por parte de los trabajadores y sus organizaciones.

En este nivel no siempre son las cúpulas sindicales las mejor armadas y capaces de la negociación y la lucha, sino formas semejantes a los comités de fábrica, sean o no parte de los sindicatos, pero descentralizadas en los lugares de trabajo, aunque articuladas para facilitar la comunicación y la extensión de las luchas. Está visto que ni el empleo ni el salario dignos se resuelven con el libre mercado; en esta medida el campo del mercado de trabajo tiene que ser un espacio de acción obrera que reciba nuevas regulaciones y protecciones; en este sentido los trabajadores deben insistir en el concepto de estándares mínimos laborales, por debajo de los cuales es indigno trabajar independientemente del mercado. Los trabajadores no sólo producen sino que viven en otros espacios urbanos o rurales, tienen problemas educativos, ecológicos como habitantes de cierto territorio y como consumidores o deudores. Estos espacios no están de manera natural articulados en la realidad, pero pueden llegar a articularse.

El trabajo: Redefinición

Es claro que la crisis del trabajo ha conservado, ha heredado todas las preocupaciones que sobre el trabajo se han esbozado en la modernidad. Este es un legado sujeto a las dos vertientes ideológicas tradicionales en la economía: el capitalismo y el socialismo. Desde el pensamiento neoliberal se tiene fe absoluta en la capacidad de la tecnología para facilitar un replanteamiento social; lo expongo en estos términos dogmáticos porque la realidad contrasta dura y cotidianamente con estas elaboraciones, en donde lo único que me que-

da para entender estas propuestas es que correspondan a un dogma de fe, como muchas de las interpretaciones de la teoría neoclásica. De la misma manera genera desconcierto que todavía los gobiernos estén planteando en sus programas de gobierno objetivos imposibles de alcanzar, como lo son el pleno empleo y la reducción del desempleo bajo este modelo económico global. Los socialistas, arrepentidos, escondidos, convertidos, invisibles o, tal vez, sobrevivientes, les ha quedado el único camino posible, la crítica al sistema sin que se haga muy notorio su discurso reaccionario. Entre los valientes que escriben críticamente encontramos a Viviane Forrester (Forrester, 2000), Hannah Arendt (Arendt, 1998), Victoria Camps (Camps, 1999), Agnes Heller (Heller, 2000), Richard Sennett (Sennett, 2000), por resaltar los más importantes pensadores. No menciono de manera despectiva la posibilidad, en la actualidad, de pensar diferente, todo lo contrario. Tampoco afirmo que todos los críticos *per se* son de izquierda, pero lo que sí es cierto es que se espera que estos ejerzan lo que la derecha no hace: la crítica. Este mundo, en contraste con la edad media, que tanto se desprecia, es un mundo sin crítica, sin debate intelectual. La crítica socialista es, desde luego, devastadora, y hay suficientes motivos para que así sea, real y concreta; pero con ellos está más el desencanto, la pérdida de la ilusión que floreció allá a fines de los 60 y el cinismo propio de que tuvo oportunidades y las desperdició; ante esto, lejos estamos de una propuesta actual proveniente de su imaginario. La gran ironía en todo esto es que sólo desde la izquierda ideológica, desde sus esquemas y postulados pareciera ser más fácil, y hasta

ahora veo como única opción, la interpretación de la crisis del trabajo, pues el pensamiento liberal se desvaneció, dentro del capitalismo era su regulador; ¿cuánto más tendrá que esperar esta sociedad para que sus pensadores abandonen el pasado y piensen en la necesidad del construir desde el presente alternativas a esta homogenización de la vida y del pensamiento? Espero que no demasiado; pues para todos es evidente la crisis pero escasas las alternativas.

Nosotros sin ser socialistas o comunistas, o pretender haberlo sido, encontramos que la vía analítica para entender la crisis del trabajo era a través del pensamiento crítico e histórico. Con la ingenuidad propia de todos los legos nos aventuramos en una investigación que terminó en un principio de propuesta para entender, primero la modernidad y, entonces sí, la crisis del trabajo. Este tema no se habría abordado así de estar ligados al pensamiento teórico de la economía y a la sociología como disciplina.

La propuesta se origina cuando por casualidad encontramos un texto en una librería de Bogotá que nos llamó la atención, el texto de Dominique Méda: *El Trabajo* (Méda, 1998). *Un valor en peligro de extinción*. Esta lectura suscita una serie de preguntas que en la medida en que se encontraban argumentos y contraargumentos nos comprometía con una posición personal, que es en realidad lo que se hace cuando se investiga.

Méda propone abandonar la mirada antropológica y asumir que el trabajo es una categoría sociológica; "El trabajo no es una categoría antropológica, o sea, una invariante de la naturaleza humana o de las civilizaciones que

siempre van acompañadas por las mismas representaciones. Estamos, por el contrario, ante una categoría radicalmente histórica, inventada en respuesta a necesidades de una época determinada, una categoría construida, además, por estratos. Esto significa que las funciones que hoy desempeña el trabajo en nuestra sociedad, en otras épocas, las cumplían otros medios, otros sistemas" (Méda, 1998). Se toma aquí, y en todo el desarrollo de la investigación, la propuesta de asumir el trabajo como una categoría sociológica, lo que es muy importante; pero, se puede decir por ahora, qué tanto si consideramos que el trabajo es una categoría antropológica o sociológica; se acepta que en la modernidad el trabajo es representado como el centro sobre el cual gira la sociedad.

En consecuencia, al ser el trabajo la actividad esencial y central del hombre, empieza a ser determinado por lo que es, y puede ser, en función del trabajo; y toda la sociedad, por ende, queda igualmente determinada. Sus objetivos los crea alrededor del trabajo; sus organizaciones, teorizaciones, aspiraciones, finalidades, ética, identidad, frustración, odio, amor, su cotidianidad, su vida, giran en torno al trabajo. ¿Qué sucede cuando algunas personas reemplazan al trabajo como su centro gravitacional, de sentido existencial, por otro? El trabajo entra en crisis al perder su representación y, con él, todo lo construido a su alrededor y su sentido. Así se vincula la crisis de la modernidad con la del trabajo.

Del planteamiento de Méda se retoma el hecho de que las representaciones de otras épocas no ubicaban el trabajo como su centro, fenómeno que ocurre en la modernidad, afirmación que se puede hacer por ser esta una

categoría radicalmente histórica. Aquí se va un poco más allá de Méda. Como se desarrolla y explica ampliamente en el texto (Muñoz; Patiño, 2003), antes del siglo XVII la sociedad estaba enmarcada por los valores impuestos por la religión, los cuales eran de carácter subjetivo. En los siglos XVII y XVIII la Ilustración desplaza este centro y en su lugar coloca los valores que identifican la modernidad, y el trabajo era el medio para alcanzarlo; pero, y esto lo denuncian Adorno y Horkheimer, se traicionan los valores fundadores, lo que hace que la verdad sea reemplazada por la eficiencia, y el trabajo pasa a ser el centro sobre el cual gira la sociedad. "...Con el desencantamiento del mundo, con las ciencias experimentales y, sobre todo, con una organización racionalista de la sociedad que culminaría en empresas productivas eficientes y aparatos estatales bien organizados" (García Canlini, 1990) se presenta un fenómeno que ubica en el centro el trabajo, lo que hace evidente que este nuevo centro tenga posibilidad de conducir a los objetivos prometidos. Y por ser el trabajo un fin en sí mismo y no los valores propuestos, la crisis se genera; y, se afirma aquí, que es reemplazado el trabajo por valores y principios románticos. Debemos remitir al lector al texto, de nuevo, porque es necesario para entender el aporte del Romanticismo, comprender su desarrollo histórico y su manera de conjugarse en el proyecto moderno. Esto pareciera significar que las sociedades siempre han requerido de valores como centro y al perderlos se genera crisis, pero este tema desvía de los propósitos trazados. Lo que sí se puede afirmar es que cuando se desplazaron los valores de la religión por los de la Ilustración, la religión no desapareció,

simplemente se desplazó de ser el centro a una órbita adyacente, importante para algunos, no tanto para otros; esto mismo ocurre en estos momentos al ser desplazado el trabajo del centro sobre el cual gira la sociedad por los valores y principios románticos: el trabajo no desaparece, sino que ocupa otra órbita. Es decir, en concreto, se ha empezado a presentar que la primera opción en la vida ya no es el trabajo... es otra cualquiera, siempre y cuando esta sea un "ideal". Y se establece la fidelidad con sus principios (o sinceridad, como afirmarían los románticos), no interesa que se alcance o no; luego, en otro lugar de prioridades, aparece el trabajo. Las consecuencias de este fenómeno, como puede entenderse, son para toda la sociedad. Todo lo que se creó (organizaciones, la educación, el gobierno, las teorías administrativas y organizacionales y lo demás) se hizo al suponer que el trabajo era el centro de la vida; pero la crisis que se vive exige que se replanteen todas estas creaciones humanas, si se quiere ser congruente y pertinente con las nuevas representaciones. Es evidente que algunas de estas creaciones desaparecerán si no se ajustan a lo que realmente significa actualmente para el hombre y la mujer el centro hegemónico que regula su vivir.

El trabajo entra en crisis al existir una nueva representación que lo sustituye; este es el sentido. Además, y esta es una afirmación que se debe caracterizar, las nuevas representaciones están en relación directa con los cambios en las fuerzas internas del proyecto moderno. Cuando lo que generó el dominio del trabajo entra en crisis, empieza a ser reemplazada por una nueva representación. La fuerza hegemónica que instauró el trabajo como cen-

tro fue la Ilustración y la Revolución Industrial, la que luego se convirtió en la industrialización, la racionalidad técnico-instrumental, el capitalismo globalizado y la industria cultural. Pero esa fuerza dominante se encuentra en una profunda crisis al no cumplir con las promesas que se hicieron a la humanidad desde el advenimiento de la sociedad capitalista occidental, provocando el desencanto.

Conclusiones

Por la pérdida de centralidad, lo hegemónico pierde vigencia y la otra potencia presente en el proyecto moderno, el Romanticismo, se hace visible, y se presenta contemporáneamente como si fuera nueva, postmoderna, ya que está en contraposición a todo el poderío que se constituyó en la Ilustración y traen consigo características pre-modernas. Se debe recordar aquí que el Romanticismo nace para oponerse directamente a la Ilustración y en el apogeo del proyecto moderno, sus valores, aún estando presentes y siendo contradictorios, son aceptados como disfunción; luego, ante la crisis de aquello que tradicionalmente ha sido hegemónico, fácilmente se faculta para que los valores del Romanticismo se expongan. Así empieza a hacer hoy presencia de manera novedosa a través de sus principios, valores y aportes. Las preguntas que se generen desde aquí son muy interesantes: ¿Cuál es la fuerza hegemónica actual?, pues el hecho que sea visible el Romanticismo no significa que sea hegemónico necesariamente; si el Romanticismo es o tiende a ser hegemónico ¿qué implicaciones tiene para la sociedad

de la información y el conocimiento?, ¿qué implicaciones se tendrán al entrar en relación la nueva economía y las representaciones por fuera del trabajo en los jóvenes?, ¿cuál es el papel que desempeñará la universidad en la formación humana y en la capacitación para el empleo?, ¿la interacción información-conocimiento-tecnociencia servirá para aumentar la brecha de miseria y de excluidos o será capaz de cerrarla? ¿tiene implicaciones universales?; para Latinoamérica ¿cómo es?; ¿qué lectura se haría para Colombia?, las preguntas son muchas más, por supuesto, y esto es lo que ha generado la necesidad de plantear ante la comunidad académica la importancia de abordar este tema de forma interdisciplinaria.

Bibliografía

- ARENDT, Hannah. *La condición humana*. Tercera reimpresión. Barcelona: Ediciones Paidós. 1998. ISBN: 84-7509-855-X.
- ARONOWITZ, Stanley. *The last good job in America*. Rowman & Little Field. 2001. ISBN: 074-250-975-3.
- BERLIN, Isaiah. *El sentido de la realidad. Sobre las ideas y su historia*. Madrid: Grupo Santillana de Ediciones S. A. 2000. ISBN: 84-306-0383-2.
- _____. *Freedom and its betrayal: Six enemies of human liberty*. Gran Bretaña: Princeton University Press, Princeton and Oxford. 2002. ISBN: 0-691-09099-8.
- _____. *Las raíces del Romanticismo*. Segunda Edición. Madrid: Grupo Santillana de Ediciones S. A. 2000. ISBN: 84-306-0369-7.
- CAMPS, Victoria. *Paradojas del individualismo*. Primera edición. Barcelona: Editorial Crítica. 1999. ISBN: 84-7423-998-2.
- CARNOY, Martin. *El trabajo flexible en la era de la información*. Madrid: Alianza Editorial. 2000. ISBN: 84-206-6785-4.
- CASTEL, Robert. *Las metamorfosis de la cuestión social*. Primera edición. Buenos Aires: Editorial Paidós. 1997. ISBN: 950-12-5457-7.
- CASTELLS, Manuel. *La era de la información, economía, sociedad y cultura*. Segunda edición. Méxi-

El trabajo: Fin, crisis o redefinición

- co: Siglo Veintiuno Editores. 2000. ISBN: 968-23-2167-0.
- CASTORIADIS, Cornelius. *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto*. Primera Edición. Barcelona: Editorial Gedisa S. A. 1988. ISBN: 84-7432-299-5.
 - DE LA GARZA, Enrique. "¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?" en J. J. Castillo (ed.) *El trabajo del futuro, el futuro del trabajo*. Madrid: Editorial Complutense. 1999. ISBN: 950-9231-69-X
 - DE SOUSA SANTOS, Boaventura. *De la mano de Alicia: Lo social y lo político en la Postmodernidad*. Ediciones Uniandes. 1998. ISBN: 958-665-012-X.
 - ECHAVARRIA EZPONDA, Javier. *La filosofía de la ciencia a finales del siglo XX*; MUGUERZA; Cerezo, Eds. *La filosofía hoy*. Barcelona: Editorial Crítica. 2000. ISBN: 84-8432-124-X.
 - ELLWOOD, David. *A working nation: workers, work, and government in the new economy*. Russell Sage Foundation. 2001. ISBN: 087-154-247-1.
 - FORRESTER, Viviane. *El horror económico*. Segunda edición. México: Fondo de Cultura Económica. 2000. ISBN: 968-16-6221-0.
 - FUKUYAMA, Francis. *La gran ruptura*. España: Editorial Atlántida. 1999. ISBN: 950-08-2193-1.
 - _____. *Confianza*. B. Ediciones. 1998. ISBN: 84-406-7908-4.
 - _____. *The end of history and the last men*. Penguin Books. 1993. ISBN: 0-14-015419-1.
 - GARCIA CANCLINI, Néstor. *Culturas híbridas*. Editorial Grijalbo. 1990. ISBN: 970-05-0562-6.
 - _____. *La globalización imaginada*. Editorial Paidós. 1999. ISBN: 950-12-5476-3.
 - GORZ, André. *Reclaiming work. Beyond the wage-based society*. Primera Edición. Gran Bretaña: Blackwell Publisher Ltd. 1999. ISBN: 0-7456-2127-9.
 - _____. *Farewell to the working class*. Pluto Print. 2001. ISBN: 086-104-364-2.
 - HEGEL, G.W.F. *Fenomenología del Espíritu*. Segunda reimpresión en español. Colombia: Fondo de Cultura Económica. 1997. ISBN: 958-9093-89-2.
 - HEILBRONER, R; MILGERG. W. *La crisis de visión en el pensamiento económico moderno*. Primera edición. Barcelona: Editorial Paidós. 1995. ISBN: 84-493-0534-9.
 - HELLER, Agnes. *Historia y futuro: ¿Sobrevivirá la modernidad?* Primera edición. Barcelona: Ediciones Península. 2000. ISBN: 84-8307-318-8.
 - _____. *Sociología de la vida cotidiana*. Quinta edición. Barcelona: Ediciones Península. 1998. ISBN: 84-8307-170-3.
 - HORKHEIMER, Max; ADORNO, Theodor. *Dialéctica del iluminismo*. México: Editorial Hermes. 1997. ISBN: 968-446-220-4.
 - JÁUREGUI, Ramón. *El tiempo que vivimos y el reparto del trabajo*. Primera edición. Barcelona: Editorial Paidós. 1998. ISBN: 84-493-0597-7.
 - JOHNSON, Paul. *Historia del Cristianismo*. Edición actualizada. Javier Vergara Editor. Barcelona: Liberdúplex. 1999. ISBN: 950-15-2022-6.
 - KOJEVE, Alexandre. *La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*. Buenos Aires: Editorial La Pléyade. 1985. ISBN: 950-516-326-7.
 - LIPOVETSKY, Gilles. *El crepúsculo del deber*. Quinta edición. Barcelona: Editorial Anagrama. 2000. ISBN: 84-339-1378-6.
 - LÓPEZ ARNAL, Salvador. *Popper/Kuhn: Ecos de un debate*. 2003. Editorial Montecinos. ISBN: 84-95776-56-1.
 - LÓPEZ SEGRERA, Francisco. *Globalización y Educación Superior en América Latina y el Caribe*. Caracas: Ediciones IESALC / UNESCO. ISBN: (UNESCO). 2001.
 - MÉDA, Dominique. *El trabajo: Un valor en extinción*. Editorial Gedisa. 1998. ISBN: 84-7432-625-7.
 - MUÑOZ, Luz Yolanda; PATIÑO, Carlos Augusto. *Hacia una redefinición del trabajo: Una nueva mirada sobre modernidad*. Santiago de Cali. 2003. Editorial Artes Graficas del Valle – Editores – Impresores Limitada. ISBN: 958-670-260-X.
 - OFFE, Clauss. *Beyond employment: time, work, and the informal economy 3(labor social change)* Temple Univ. Press. 1992. ISBN: 087-7229-51-1.
 - PEREZ ADAM, José. *Socioeconomía*. Madrid. Editorial Trotta. 1997. ISBN: 84-8164-134-0.
 - RIFKIN, Jeremy. *El fin del trabajo*. Primera edición. Barcelona: Editorial Paidós. 1997. ISBN: 84-493-0318-4.
 - _____. *La era del acceso*. Primera edición. Barcelona: Editorial Paidós. 2000. ISBN: 84-493-0941-7.
 - SENNETT, Richard. *La corrosión del carácter*. Tercera edición. Barcelona: Editorial Anagrama. 2000. ISBN: 84-339-0590-2.
 - WEBER, Max. *El político y el científico*. Segunda reimpresión. Madrid. 2000. Alianza Editorial. ISBN: 84-206-3964-8.
 - _____. *El problema de irracionalidad en las ciencias sociales*. Primera reimpresión. España: Editorial Tecnos. 2001. ISBN: 84-309-1184-7.
 - _____. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Décimo séptima edición. Ediciones Península. 1999. ISBN: 84-8307-025-1.